

NOTA DE LA AUTORA

La historia, como la ficción, es en muchos casos una cuestión de interpretación, de modo especial cuando uno intenta entender las motivaciones o ligar causas y efectos. Es posible que mis lectores se pregunten con qué precisión se presenta un retrato histórico en estas páginas de ficción. Basándome en lo primordial en los estudios contemporáneos, he intentado imaginar la historia de María Antonieta con precisión y conseguir un grado de comprensión de esta tradicionalmente incomprendida y a menudo injustamente tratada reina. Con frecuencia, he intentado emplear frases, traducidas al inglés, disponibles en los archivos históricos; recogidas en memorias por aquellos que oyeron sus comentarios o que perviven en cartas auténticas intercambiadas entre María Antonieta y su madre, la emperatriz de Austria.

En esta novela el lector oirá a María Antonieta cuando pone por primera vez un pie en Francia, y de forma espontánea les pide a sus anfitriones en Estrasburgo, Francia, que le hablen únicamente en francés, no en alemán, lo que denota lo mucho que deseaba adoptar su nueva identidad como francesa; de hecho, pronunció las palabras que se le atribuyen en esta recreación novelística de la ocasión. De igual modo, al final de esta novela, cuando María Antonieta sube al cadalso de la guillotina, las palabras que dice fueron sus verdaderas palabras. Muchos lectores esperarán encontrar en estas páginas a la María Antonieta de la tradición, una mujer de la que se dice que, al ser informada de que el pueblo de la Francia del siglo XVIII estaba hambriento, dijo: «Si no tienen pan, entonces dejad que coman pasteles». Pero esta célebre respuesta no aparece aquí. ¿Por qué? Ella nunca la dio, y los biógrafos contemporáneos, tales como Antonia Fraser, se han tomado la molestia de vindicar a María Antonieta en este aspecto. Esa despiadada frase fue

pronunciada por otra reina, la esposa de Luis XIV, no de Luis XVI, cien años antes de que una jovencísima e inocente María Antonieta viajara en carruajes tirados por caballos desde Austria hasta Francia para contraer matrimonio con el Delfín destinado a heredar el trono de Francia.

El destino de esta encantadora, bella y extravagante princesa es bien conocido, pero a través de la imaginación, basada en la investigación, el lector será testigo de su vida tal como la vivió momento a momento. Llena de necesidades humanas, miedos y talentos, María Antonieta encaró la vida con abundancia de sentimiento y afrontó la muerte con heroico coraje durante el Reinado del Terror en la Revolución Francesa. He escrito esta novela desde la creencia de que su vida, a menudo marcada por la compasión y la alegría, como todas nuestras vidas, es valiosa.

ACTO PRIMERO

UNA ISLA EN EL RIN, MAYO DE 1770

Al igual que el resto del mundo, nací desnuda.

No me refiero a mi verdadero nacimiento, misericordiosamente oculto en los pliegues de seda de la memoria, sino a mi nacimiento como ciudadana de Francia (*citoyenne*, como dirían). Despojada de toda mi ropa, estoy de pie en una habitación de una isla en medio del Rin; desnuda. Mis pies descalzos pisan en este momento un suelo considerado neutral entre la querida Austria y Francia. La seda azul cielo de mi desechada falda corona mis tobillos, y yo me imagino que estoy de pie descalza en un charco de agua hermosa.

Mi pecho está tan plano como un escudo, sólo sobresalen los pezones, como capullos rosas. Me niego a tener miedo. En los meses siguientes a mi decimocuarto cumpleaños, he observado que estos capullos se han abultado un poco y están más rosas. Ahora los dedos y manos de mis sirvientes se alargan hacia mi nuca para quitarme un delicado collar de perlas austríacas.

Trato de imaginarme al chico francés, al que no he visto nunca, extendiendo sus largas manos hacia mí, atrayéndome. ¿Qué estará haciendo en este preciso instante, adentrado en el corazón de Francia? A los 15 años, un año mayor que yo, debe de ser alto y fuerte. Tiene que haber otras palabras en qué pensar, aparte de alto y fuerte, para describirlo, para ayudarme a imaginar y plasmar su realidad.

Mi madre, la emperatriz de Austria, me ha explicado cómo visualizar el encuentro de nuestros cuerpos y todos los acontecimientos de mi vida venidera; siempre estoy en sus oraciones. Todos los meses yo le escribiré y ella a mí, y nuestras cartas privadas viajarán a través de nuestros propios mensajeros entre Francia y Austria. Cuando intento imaginarme a

mi futuro marido, Luis Augusto, de pie en los bosques de Francia con las manos y los brazos extendidos hacia mí, solamente puedo visualizar a mi queridísima madre, vestida de negro, sentada detrás de mí como una presencia oscura frente a su escritorio; aguarda a que el mensajero le traiga un paquete blanco rectangular, el sobre que me representa.

Tras mi boda en Versalles, cuando Luis Augusto y yo estemos solos en la cama, sucederán ciertos acontecimientos. Copularemos a través de la puerta que hay en la parte inferior de mi cuerpo; después me quedaré embarazada. Nueve meses después de mi boda daré a luz a un bebé. Habrá muchos testigos cuando mi cuerpo, que entonces tendrá 15 años, se abra para alumbrar a un futuro rey. Años más tarde, después de que mi marido haya muerto, este bebé será el decimoséptimo Luis, rey de Francia. Esto es lo que sé.

Mientras mis damas revolotean a mi alrededor como alegres mariposas, echo un vistazo a mi cuerpo desnudo, un gusano esbelto. Luis Augusto y yo debemos de ser muy parecidos, puesto que todos los seres humanos son realmente muy parecidos, salvo por la diferencia de sexo. Todos tenemos dos piernas (las mías son delgadas) que sostienen un torso; dos brazos que brotan a cada lado de una cavidad torácica, la cual contiene los intestinos y la vejiga en el compartimiento inferior y los pulmones, que se llenan y se vacían, y el corazón en la parte superior. En medio, las mujeres tienen la cavidad llamada útero. Desde el tronco se eleva un cuello como una pequeña atalaya cuyo remate es la cabeza.

El mío es un cuerpo grácil (fortalecido por el baile y la equitación) y de un color de porcelana lechosa. Recientemente me han salido unos cuantos rizos en el triángulo que hay entre mis piernas. Apretando un muslo contra el otro, procuro proteger este delicado jardín porque mi nuevo vello parece frágil y débil.

El término francés para él, el príncipe que se convertirá en mi esposo y rey, es *Dauphin*, y el término francés para mí, que seré su novia, es el mismo, pero con una pequeña letra «e», enroscada como un caracol en su duro caparazón, al final de la palabra: *Dauphine*. Tengo muchas palabras francesas que aprender.

Mis queridas damas austríacas navegan a mi alrededor en sus vistosos vestidos de seda (de color cereza, y esmeralda, azul oscuro con rayas amarillas); sus gargantas y mangas adornadas con encajes ricos y sueltos. Como bailarinas, se inclinan y agachan para recoger las prendas de las

que me he deshecho; otras damas, pacientemente de pie, sostienen mi nueva ropa francesa doblada sobre sus antebrazos, de tela dorada y vaporoso azul lavanda.

Un torrente de escalofríos me pone la piel desnuda de gallina.

«Antonia», pronuncian las preciosas bocas de mis damas, «Antonia». Sus ojos brillan por las lágrimas no derramadas, porque estoy a punto de abandonar mi antiguo nombre.

Los estrictos franceses requieren que dé un paso adelante, desnuda, sin ningún lazo, recuerdo, rubí o broche de diseño austríaco. Para mis damas, enseño las palmas abiertas para que puedan atestiguar y afirmar que me marcho con las manos vacías y que de ningún modo estoy en deuda con mi Austria natal. Radiantes con sus magníficos colores, se acercan, en un solemne círculo, para contemplar mis manos vacías.

Finalizada mi desnudez, ahora muero como María Antonia, archiduquesa de Austria, hija de María Teresa, emperatriz de Austria.

Para ser su digna hija, es mi voluntad que mi fría carne se desvele y se vuelva toda suave y agradable. Noblemente vestida sin nada salvo mi propia piel, descrita por algunos como perlada por su brillo translúcido, empiezo a ponerme la ropa francesa, sin ser ya María Antonia sino mi yo francés, ahora llamado: *Marie Antoniette*.

Inspiro (mi primera bocanada húmeda de aire francés en esta pequeña isla rodeada por los brazos del impetuoso Rin) y recuerdo la advertencia de mi madre: «Haced tanto bien entre el pueblo francés que puedan decir que les he enviado a un ángel».

Eso dijo mi madre, la emperatriz de Austria, y los amaré, y ellos me amarán, y amaré a mi esposo, que es tímido, dicen, y al viejo rey, Luis XV, que no es el padre de mi futuro esposo (ese Delfín murió sin llegar a convertirse nunca en rey), sino su abuelo; y amaré a las tías solteras de mi futuro esposo, Luis Augusto, que, Dios mediante, se convertirá en Luis XVI (pero pronto no, pronto no, espero y rezo por ello, porque sé bien que no sólo mi cuerpo inmaduro, sino también mi espíritu sigue siendo el de una niña), y amaré al duque de Choiseul, el magnífico ministro de Exteriores de Francia, que ha sido el responsable de mi felicidad casándome con Luis Augusto, a quien todavía no he visto nunca; y amaré al conde Mercy d'Argenteau, porque es austríaco (¡austríaco!)

y amigo de mi madre y nuestro (no, no «nuestro» sino «el») embajador de Austria en Francia. Los amaré a todos, especialmente a Choiseul, el ministro de Exteriores, y a Mercy, el embajador austríaco, aun cuando me han ordenado amar siempre a aquellos que promueven nuestra causa: la paz de Europa. Y encontraré nuevas amigas, mis propias amigas, a las que amaré como hermanas.

Pero ahora dicen que *Mops* no me acompañará. ¡*Mops!* ¡Máspreciado que cualquier adorno de plata u oro porque *Mops* es un ser vivo que corretea por mi corazón con sus cuatro rápidas y pequeñas pezuñas! Mi fiel compañero, ¡*Mops* no es una cosa que pueda ser abandonada! *Mops* tiene dulces sentimientos. Pero es esa misma lealtad, y la mía para con él, la que lo incapacita para el viaje.

Coloco los pulpejos de mis manos, como amplios tapones, sobre mis párpados cerrados, detrás de los cuales se acumulan cálidas lágrimas. Por desgracia, cuando presiono hacia dentro, las lágrimas brotan y resbalan por mis mejillas. Alguien me aparta las manos de mi cara. Debo ofrecer un semblante alegre a los franceses; no es necesario que nadie me lo recuerde. Mostrarme alegre es mi propio deber, una tarea que debo ahorrarles a estas bondadosas almas que me rodean. Dado que no llevo ningún pañuelo ni dispongo siquiera de una manga con la que secar mis lágrimas, levanto mis redondeados hombros desnudos, uno a cada lado, para enjugar mis ojos y mejillas.

Luego vuelvo a gritar: «¡*Mops, Mops!*», mientras mis manos suplicantes imploran al aire hueco. Él levanta su querida nariz chata redonda y negra y chilla y ladra. Apartándose el mechón de sus ojos marrones, forcejea para saltar de las fuertes manos femeninas que lo sujetan. No puede imponerse, así que sacude su cola como una pequeña y plumosa bandera, la mejor bandera, la bandera de mi propio corazón para intentar consolarme. «*Au revoir, Mops.*»

Las puntas desnudas de mis dedos tocan todavía la seda azul de Austria, arremolinada en el suelo alrededor de mis pies. Azul, azul como el Danubio que remolinea cruzando Viena en un soleado día azul. Creo que la seda y el agua comparten cierta volubilidad fluida.

Mis damas quieren que avance un paso. Es la uña más pequeña del dedo más pequeño del pie izquierdo la última en rozar la tela de la Casa de Habsburgo. Todo mi ser se centra en esta insignificante uña del pie, que no llega al tamaño de una lentejuela brillante o una escama de la

piel de una trucha. La uña de mi pie es como el bucle de la letra «e» al final de una palabra: *Dauphine*.

«Auf Wiedersehen», le susurra mi pequeña uña a la seda. ¡Pensar que estoy enalteciendo así la más diminuta de las uñas del pie, la última parte de mí en contacto con mi hogar!

—¡Es como Venus saliendo del mar! —exclama mi criada austríaca, para hacerme sentir que me cubre la belleza. Pero estoy saliendo del Rin y soy hija del Danubio.

—Como Flora, diosa de las flores, y una diosa en sí —murmura otra, de modo que levanto mi mentón, para ser acreedora de ello, e inspiro el aire por las aletas de mi nariz como si realmente estuviese oliendo flores, como si me encontrara entre lilas en algún jardín encantado; sí, un jardín teatral, en un escenario floral. Preparada por los mejores profesores de teatro de Europa, levanto la vista y asumo mi papel.

—Me sobrestimáis en demasía —digo con suavidad, y sonrío.

—¡Con qué belleza habla!

—La adorarán —dicen.

La emoción habita en sus palabras de igual modo que la fragancia vive en las flores; el apoyo que me prestan está teñido de miedo.

¿Y si los franceses no me adoran, ni el rey, ni el Delfín ni el pueblo?

—Me apena dejaros atrás —confieso aparentando serenidad, pero, curiosamente, ahora experimento yo misma ese sentimiento que me he inventado por su querido bien.

Cuando me vuelvo para abrazarlas una vez más (¡qué raro resulta abrazar a alguien que está vestido cuando tú misma no lo estás!), sus faldas susurran y se arrastran suavemente contra mis muslos desnudos, mientras sus propias piernas firmes están cubiertas por capas de telas. Mi piel roza sus lazos de seda, galones de terciopelo y dura pedrería cosida sobre los colores de sus faldas.

Desnuda me siento menos humana que ellas, engalanadas.

En el exterior de esta habitación, *Mops* ladra una vez, a lo lejos, con su voz fuerte y aguda. «Punctuation!», solía exclamar divertida mi madre, la emperatriz, ante tales agresiones inesperadas al oído.

Rápido, rápido, mis queridas sirvientas austríacas me visten con una camisa de seda francesa de color crema, luego vienen las rígidas y rasposas enaguas de París. Las suaves medias, afirman, han sido tejidas en Lyon (pero ¿dónde está eso?), y los zapatos de punta afilada confecio-

nados en su corte, Versalles, y a continuación la falda de color lila y un corpiño dorado, bien ceñido, y, ¡oh!, una cinta nívea, medio etérea, se acomoda alrededor de mi garganta. Con ternura, toco mi cuello y percibo mi piel, más delicada que las plumas de un cisne.

¿Llevará todavía *Mops* su collar de seda azul, la hebilla de plata que le he abrochado esta mañana con mis propios dedos? Se lo han llevado.

En lugar del lanudo *Mops*, aparece el imponente príncipe Starhemberg. Quizá realmente sea *Mops* disfrazado, ¡transformado por las hadas! Si mi hermana, mi queridísima y mejor de las hermanas y también más querida amiga, si mi Charlotte estuviese conmigo, sonreiría ante mi imaginación. Su sensibilidad está conmigo: ¡jamás podrán arrancarla de mi alma! La emperatriz ha elegido al príncipe Starhemberg (bajo, robusto, de rostro arrugado) para ser mi fiel escolta durante todo el camino hasta el interior de Francia, pero me siento sola.

Clavando las uñas en los pulpejos de mis manos, de nuevo deseo que estuviera mi hermana María Carolina, a la que afectuosamente llamo Charlotte, que adoraba exactamente mis propios juegos de cartas favoritos y mi música y mis obras de teatro e ir en trineo y los mismos pasatiempos. Añoro a mi Charlotte, ya casada y convertida en reina de Nápoles, pero la llevo en mi corazón. «Divertíos, hijas», solía decir la emperatriz, «antes de que haya matrimonios y muertes, y alianzas que hacer.» Se dirigía a todos nosotros, no necesariamente a mí, la mayoría de las veces olvidada por ser la hija que ocupaba el décimo lugar en la cadena de matrimonios diplomáticos, por consiguiente, décima en las esperanzas de mi madre, y en su amor. «Divertíos», decía soltando un largo y lento suspiro que me recordaba el viento del norte, «que en la vida no todo es juego.»

Miro al príncipe cuyos ojos son como los de mi madre (directos, cómplices, discretos). Entonces, ¿puedo confiar en él? Debo hacerlo, pues ahora voy vestida y me llamo al modo francés, y ha llegado el momento de cruzar al otro lado, mi mano cogida a su antebrazo.

Cuando oigo las aguas del Rin remolineando alrededor de la isla, escucho el sonido del pánico, incluso a través de las paredes. ¿O es mi sangre que se precipita por los vasos de mi corazón? Aquí las paredes están forradas de tapices; contemplo los mitos de antiguos mundos tejidos, abarrotadas escenas por delante de las que el príncipe Starhemberg y yo debemos pasar caminando. Veo una mesa de banquete rodeada de flo-

res, lirios y rosas. En una escena de boda, la mesa del banquete está repleta; allí, en un cuenco azul, hay manzanas tejidas maravillosamente redondas y rojas.

Vestida con la hermosura del color lavanda de Francia, atada con cordones dorados, avanzo en mis nuevas chinelas de seda, que me van raras e inclinan mi cuerpo en un ángulo desconocido. Debo caminar hacia delante. El propio ángulo me impulsa. ¿Intentará Luis Augusto visualizarme? ¿Estará por casualidad caminando hacia mí en este momento? ¿Alargará su mano, pero en cambio se detendrá para coger un libro encuadernado con cuero rojo y repujado en oro? Temo que quizá prefiera leer a conversar, por muy refinadas que sean las frases o musical el tono de voz. A mí no me gusta leer. Prefiero el jardín (*mille fleurs*) a la biblioteca y su mirada de insondables libros.

En casa, mi madre debe de estar dialogando con sus ministros. En Viena, los hombres brillantes prestan la flexibilidad de sus mentes a la de la majestuosidad, pero yo temo tanto a las mujeres como a los hombres que son demasiado brillantes y astutos. Mi hermana mayor, María Cristina, era muy inteligente, y cruel, con nosotros los pequeños, pero es la hija más amada por nuestra madre. María Cristina quería que sintiéramos que no contábamos. Tal vez mi madre lamente no haber podido convertir a María Cristina en Delfina. Sin embargo, el Destino, así como mi madre, me ha dado una carta importante que excede en mucho a lo que el matrimonio le trajo a Cristina. Con mi mano sobre el aterciopelado brazo del príncipe Starhemberg, me propongo no temblar mientras caminamos hacia delante, y mis curvos tacones franceses se hunden en la gruesa alfombra.

Atravesamos un corto pasillo, en veinte pasos lo recorreremos, y soy conducida a una habitación gemela de la austríaca, que hemos dejado atrás. De nuevo, las paredes están forradas con tapices.

Una tela de terciopelo rojo cubre una mesa, que, me han dicho, representa la frontera de Francia, donde están sus emisarios de pie, esperando. Mi útero se agita, y pienso en la desgracia que supondría que mi sangre fluyese ahora, en este momento. Es demasiado pronto, ¡demasiado pronto! ¡Mejor que sea mi estómago, no mi útero, el que se agite! El terciopelo fronterizo es de un tono exacto al que produce mi propio cuerpo durante la visita mensual de nuestra «Generala Krottendorf». «Es posible que penséis en mí y en casa», me dijo mi madre, «cuando

haya momentos de especial dificultad.» Confío en que, en Francia, los capullos de mis senos empezarán seguramente a hincharse y florecer, y no tengo que dudar de que esta maduración ocurrirá más de lo que podría dudar que el espíritu de mi madre la emperatriz, cuando le llegue la hora de morir, se reunirá con mi querido papá, que fue su verdadero compañero, en el cielo.

El maduramiento de mis senos es tan cierto como la resurrección del cuerpo. Es mi estómago y no mi útero el que se agita, porque mi útero se renueva con sus mareas rojas más tarde de lo que debería, pero nunca más temprano. ¿O es más temprano y nunca más tarde? Charlotte dice que la luna es un reloj perfecto para la llegada de su «Generala», pero mi reloj es irregular, ¿y en qué fase está hoy la luna? A mi madre no le gusta esta irregularidad en mí, aunque conviene en que escapa a mi control. No soy yo, sino la «Generala Krottendorf» la que dirige las mareas rojas de sangre, a los que algunos llaman la maldición y mi madre denomina la bendición.

Cuando mi cuerpo madure, la insuficiencia será sustituida por la abundancia. Mis pechos (mi madre levantó dos copas de cristal hacia mí, mostrándome el tamaño y la forma de sus cavidades transparentes y amplias) llenarán semejantes copas. Sin embargo, en este momento mis pulmones se han transformado en manos monstruosas que aprietan mi corazón mientras bordeo el extremo de la mesa de los franceses.

¡No puedo hablar! Pero mi cuerpo, precipitándose hacia delante, habla por mí.

Me arrojo a los brazos de Ella, la francesa condesa de Noailles, que se convertirá en mi Guía Maternal; mi madre, a medida que en Francia vaya creciendo hasta la adultez.

«En el preciso instante en que me arrojo hacia delante, he recordado el vuelo de un querubín, un genio, un cuerpo diminuto, sin duda alado, que no dudó en cruzar volando una estancia majestuosa. ¡Mozart! De seis años, justo mi edad, finalizada su asombrosa actuación al teclado, se lanzó a su destino, el regazo de mi madre, donde fue besado y bien recibido. “¿Me queréis ahora?”, exigió más que preguntó. Guiada por el aleteo de las alas del niño genio, me lanzo espontáneamente, ¡sólo que con catorce años!, hacia Ella, la Desconocida.»

No soy bien recibida. No hay brazos rodeándome. Ante semejante rigidez hueca, reacciono. La condesa de Noailles permanece tiesa como una columna, un cuerpo al que ningún espíritu da vida. Mis ojos buscan su rostro, una nariz flanqueada por dos grandes círculos de colorete. Su diminuta boca se está moviendo.

Sus palabras caen sobre mí como notas muertas: no hay música en su forma de hablar. Me reprende por mi impulsividad:

—Estáis rompiendo el protocolo. —Debo detener el abrazo, retroceder un paso y darle el apropiado y ceremonial abrazo primero al conde de Noailles—. Primero a mi esposo —ordena—, no por su rango de noble francés, sino porque también es Grande de España. —Es verdad, he olvidado su rango, aunque en el pasado, en Viena, memoricé todos sus linajes.

Con perfecta gracia, aunque quizá me ruborice, acato su petición. Madame Protocolo, la apodo secretamente.

Me presentan a todas las nuevas damas de honor. Sí, el protocolo, además de la formalidad, es su preocupación, pero yo hablaré desde el corazón, a su pesar, con mi propia ligereza. «¡Qué amables sois... *Enchanté*.» Mis reverencias son seguras como una serie de pasos de baile, una composición con ligeras variaciones, cada una matizada, absolutamente grácil. Parpadeo y seduzco; mi rubor sonrosado, mi mandíbula levantada, mis mejillas de querubín, todo participa con la mayor exquisitez del minué de las formas. No se pueden resistir.

Y ahora, soy francesa.

Pero una francesa que será reina.

Al igual que el resto del mundo, estoy sola dentro de este cuerpo perlado; y tengo miedo.